Walt Disney

Basil, el ratón superdetective

Walt Disney

Basil, el ratón superdetective

Adaptación: Muriel Pépin
Traducción: Ángel García Aller

Ediciones Gaviota, s.a.

Estamos en 1897, en el Reino de los Ratones. Hace ya sesenta años que la reina Ratonia ocupa el trono de su país... ¡y eso hay que celebrarlo!
A tan importante fiesta de aniversario acuden invitados de todas partes. De norte a sur, de este a oeste, todos tratan de llegar los primeros a la puerta del palacio. Pero el más audaz, sin duda, es el doctor Dawson. Vive muy lejos, nada menos que en la India, y para llegar a tiempo ha tenido que viajar durante varios meses por mar, desafiando vientos y tempestades...

No lejos de allí, se celebra otro aniversario: los diez años de Olivia. Su papá, que se llama Flaversam, es fabricante de juguetes. Y en tan señalado día, ¿sabéis lo que le ha regalado? ¡Un ratón articulado! Está hecho de madera y de papel, pero sacude la cabeza, levanta las patitas, mueve el rabo como si fuera de verdad...
–Esto se llama un autómata –le dice el señor Flaversam, haciéndolo caminar.

¡Un autómata! ¡Apenas pronunciada esta palabra, una sombra gigantesca oscureció la ventana y los cristales saltaron en mil pedazos!
–¡Olivia, métete rápidamente en el armario!
Aún no había acabado de esconderse la pobre niña, cuando vio cómo su querido papá era raptado por una horrible rata con alas de murciélago.

Entre tanto, Dawson ha tomado un coche de punto. Tras dar algunas vueltas a través de las callejuelas:
–¡Dejadme aquí! –gritó al cochero.
Y, con su bolso en una mano y su paraguas en la otra, continúa su camino a pie. Le habían dicho que podría alquilar una habitación no lejos de allí.

Apenas ha dado diez pasos, cuando encuentra a Olivia:
—¿Por qué lloras, pequeña?
—¡Han raptado a mi papá! —solloza la niña—. Sólo una persona en el mundo podría encontrarlo: el detective Basil.
—¿Basil? —exclama Dawson—. ¡Es precisamente a su casa adonde me han indicado que vaya! Busco una habitación de alquiler. Ven conmigo...

Tras caminar durante unos minutos, llegaron a su destino. La casa de Basil se encontraba en un barrio muy señorial. Les abrió la puerta el ama de llaves:
—¡Buenos días, señora! Soy el doctor Dawson. Quisiera alquilar una habitación...
—El señor Basil no está en estos momentos, pero no tardará en llegar. Pueden esperar en el salón. Les prepararé un poco de té.

Se instalaron cómodamente en el salón. Aunque el té estaba muy bueno, ya empezaba a cundirles la espera. Pero, de repente, ¿quién es ése?, ¿de dónde sale ese desharrapado?, ¿de dónde viene con su abrigo desgarrado y su sombrero todo roto?
Se quita el abrigo, se quita el sombrero, se quita también... una barba y una nariz postizas: ¡es Basil! La pequeña Olivia no entiende nada...
—Para investigar mejor —dice el ama de llaves— tiene que disfrazarse. Ayer de cardenal, hoy de vagabundo, y mañana... ¡quién sabe! ¡A lo mejor de bombero!

–Pero hoy soy el rey de los pistoleros –grita Basil.
Y, sin dudarlo un instante, se pone a disparar. De pronto, su ojo apunta hacia el doctor:
–Usted se llama Dawson –anuncia, como quien no quiere la cosa–; le gusta mucho comer pasteles, y muy poco caminar a pie; usted viene de la India y anda buscando una habitación de alquiler. ¿No es eso?
–¡Cierto! ¡Cierto! Pero ¿cómo lo ha adivinado?
–¡Elemental, querido Dawson! ¡Forma parte de mi oficio!

Dicho esto y pasando a su laboratorio, Basil hace una demostración de su manera de trabajar.

—¿Ve usted esta bala? —pregunta—. Pues bien, examinándola minuciosamente, yo puedo decirle su calibre, su origen de procedencia y quién es el criminal que la ha disparado...

La tienta, la sopesa, la observa detalladamente al microspio... ¡y unos segundos después, revela su hallazgo con pelos y señales!

–Y con este método, ¿sería usted capaz de dar con el horrible murciélago que ha raptado a mi papá?
–¿Un murciélago? –exclama Basil–. ¡Descríbemelo!
–Bueno... tenía unos ojos enormes y una pata de palo.
–¡No hay duda! ¡Ese murciélago se llama Fidget! Pero pasemos al salón; allí reflexionaremos mejor.
Una vez acomodado en su sillón, Basil enciende su pipa y explica:
–Fidget está al servicio de un tal Rátigan, mi mortal enemigo. Llevo mucho tiempo intentando capturarlo. ¡Se cree un rey, y no es más que un infame criminal! ¡Es absoluta y urgentemente necesario descubrir su guarida y salvar a tu papá!

Rátigan vive en Londres, como Basil. Pero su palacio es subterráneo, y resulta muy difícil encontrarlo... Ha reunido a sus súbditos y, desde lo alto de su trono, les expone su proyecto:
–¡Todos vostros sabéis bien quién es Ratonia! –vocifera mostrando el retrato de la reina–. Pues bien, yo he decidido suplantarla. Lo que este país necesita para aplastar a los ratones es un rey... ¡un rey como yo! –repetía, golpeándose el pecho a dos manos–. Así pues –añadió–, tenemos que valernos de toda nuestra astucia y hacer creer a los ratones que la reina me ha elegido a mí como sucesor.
Sus súbditos se preguntaban cómo lo iba a conseguir:
–¡Pues reemplazando a la reina por un autómata!
–¡Bravo! –gritó la muchedumbre–. ¡Viva nuestro rey!

Pero, cada vez que gritaban «Viva el rey», Rátigan creía oír «Viva la rata», y eso no le gustaba lo más mínimo... Entoces, eligió al azar a un «culpable» y, haciendo sonar una campanilla, ordenó venir a Felicia.
La enorme gata se presentó al instante y, de un solo bocado, ¡se tragó al pobre inocente!

Luego, Rátigan bajó a un sombrío calabozo. ¿Quién era el que allí se encontraba, sollozando por estar tan lejos de su hijita? ¡Flaversam, el faricante de juguetes!

–¡Quiero pronto ese autómata! –gritó aquella rata de alcantarilla–. Así que manos a la obra, Flaversam!

–Conmigo no contéis para traicionar a la reina Ratonia.

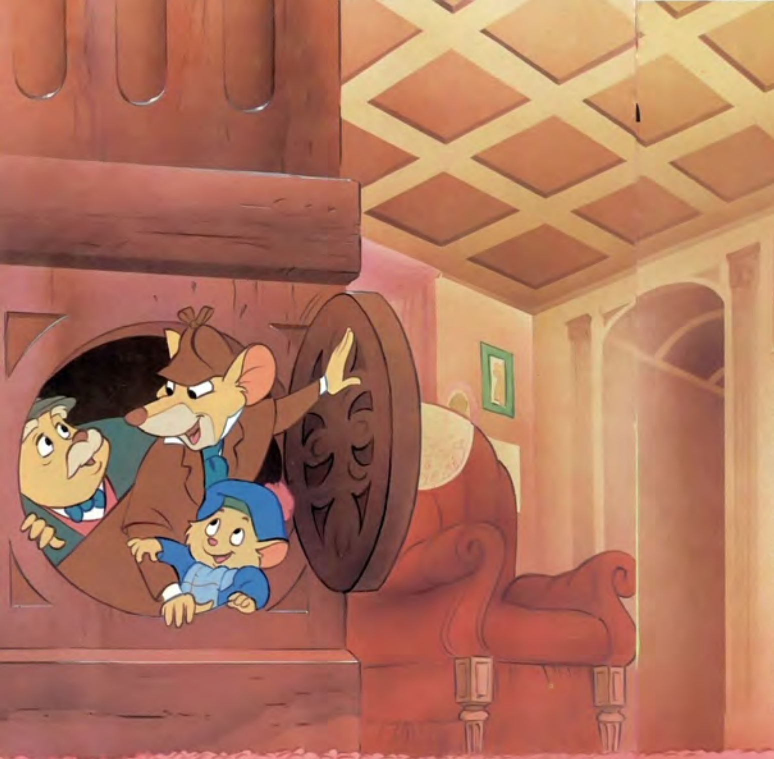
–Bueno... ¡eso ya se verá! –bramó Rátigan.

Y se alejó para dar nuevas órdenes al murciélago.

Entre tanto, la noche ha caído sobre la ciudad. Dawson y Olivia aún están en casa de Basil, en plena reflexión. Esta es su conclusión: ¡No se puede hacer nada si no hay pruebas!

—¡Cuidado! —gritó de pronto Olivia.
La niña acababa de reconocer, a través de la ventana, al murciélago Fidget.
Afortunadamente, éste no la había visto a ella.
—No volaba —dice Olivia, extrañada—, sino que iba caminando por la calle...
—¡Mejor! —argumenta Basil—¡Así podremos analizar las huellas que ha dejado!

Basil tenía razón: ha dejado abundantes huellas.
–¡Es él, no hay duda! –explica el detective–. ¡Su pata de palo es inconfundible!
Desgraciadamente, llueve a cántaros y pronto quedan borradas las huellas: imposible seguirle el rastro.
–¡Mirad! –exclama Dawson–, ha perdido esta gorra...
–Es de Fidget, sin duda –confirma el detective–. ¡La prueba que necesitábamos! ¡Dawson, es usted un fenómeno!
En recompensa, será usted mi socio desde este mismo momento.



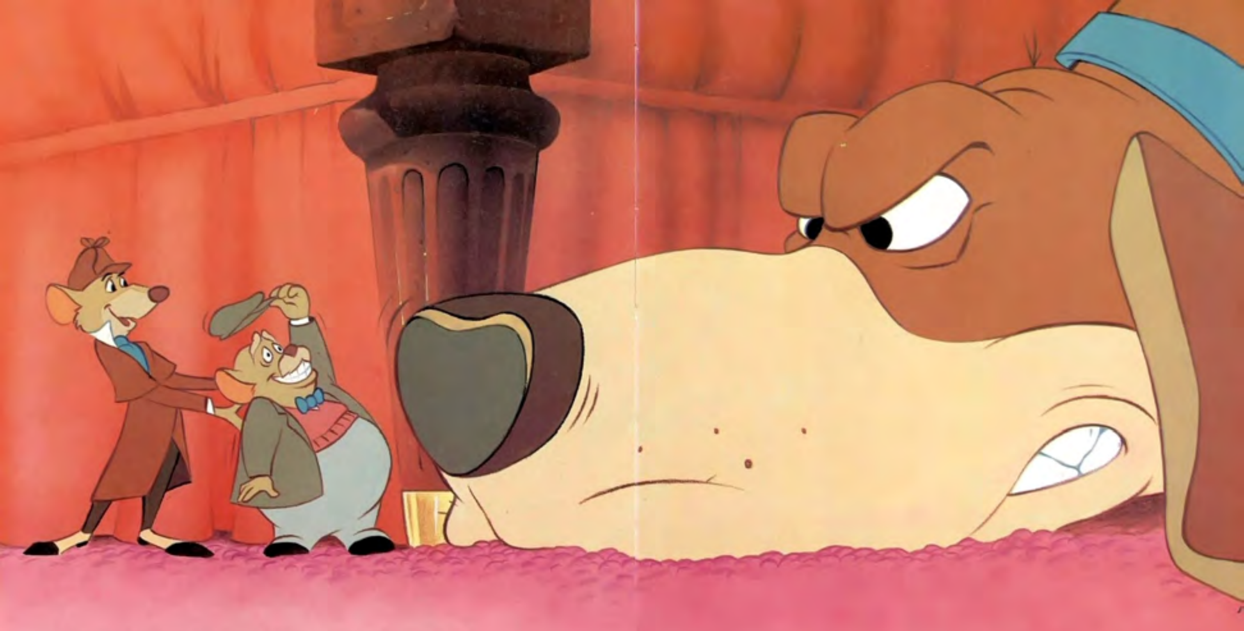
¡Pero de poco sirve una gorra... sin una nariz que olfatee! Lo que nuestros amigos necesitan es un perro. ¡Un perro! Olivia tiene miedo, pero Basil la tranquiliza:

–Los perros no hacen ningún mal a los ratones. Además, el que vamos a buscar es Toby, un buen amigo mío. Lo único que tenemos que hacer es burlar la vigilancia de su amo, bastante astuto por cierto. Se llama Sherlock Holmes. ¿Lo conocéis?

Olivia y Dawson confiesan su ignorancia.

–Es un tipo que me hace la competencia –aclara Basil–. Como detective privado, digamos que ha tenido algún éxito... Pero, *¡chist!,* ya hemos llegado.

Han recorrido las cañerías hasta llegar a la boca de ventilación. Ahora, sólo tienen que entrar...



No es necesario llamar al perro: Toby ha percibido inmediatamente el olor de su amigo.
—¡Buenos días, Basil! ¿Qué le trae por aquí?
—Imagínese, mi querido Toby, ¡andamos tras el rastro de Fidget!
¿Sería tan amable de olfatear esta gorra?

Toby no se hace de rogar: olisquea la gorra con tanta pasión... como si fuese un guisado de cordero.
¡La «prueba», por cierto, no huele nada bien!
—¡Son los gajes del oficio! —dice el perro suspirando—. ¡Esta gorra apesta a murciélago!

Y, dos minutos más tarde, ya está en la calle, siguiendo el rastro con su narizota a ras del suelo. Instalados sobre su lomo, sus amigos se agarran unos a otros para no caerse, pues en cada cruce de calles Toby frena bruscamente y luego sale disparado en la dirección correcta...

–*¡Snif! ¡Snif!* –olfatea incasablemente hasta que, por fin, se detiene y anuncia:

–¡Hemos llegado! ¿Veis esa tienda de juguetes? Pues bien, estoy seguro de que Fidget ha entrado en ella.

Toby no se ha equivocado. En el interior de la tienda, el murciélago está haciendo sus compras... mejor dicho, robando y metiendo en un saco todo lo que Rátigan le ha anotado en una lista: poleas, correas, tornillos y engranajes, o sea, el material completo para construir un autómata. Roba también varios uniformes de soldaditos, que entre los hombres son simples muñecos, pero en el país de los ratones serían tan grandes como los de verdad...

Entre tanto, nuestros amigos no pierden el tiempo. Gracias a Toby, que les abre una ventana, entran inmediatamente en la tienda.
—Aquí acaba mi trabajo. ¡Buena suerte! —les ha dicho el perro, demasiado grande para deslizarse por allí.
Pero Fidget, que lo ha oído todo, corre a esconderse.

—¿Dónde se habrá metido? —refunfuñaba el detective.
—¡Si yo lo supiera! —suspira su socio—. Aunque hay algo que me intriga: ¿por qué estarán desvestidos todos estos soldaditos?
A modo de respuesta, Olivia lanza un grito:
—¡Aquí!

¡Fidget ha sido descubierto! Su lista cae por tierra. Pero, rápido como un rayo, logra subirse a un estante...

—¡Repugnante quiróptero! —brama Basil encolerizado—. ¡Ve rezando, si sabes, tu última oración, antes de que te mande para siempre al infierno!

Pero, en lugar de rendirse, Fidget da un salto prodigioso, atrapa a Olivia por la bufanda y la introduce en el saco. Basil y le doctor Dawson se quedan de piedra, atónitos, sin saber cómo reaccionar. Cuando vuelven en sí, Fidget ya está lejos: ¡ha logrado huir por un agujero que había en el techo!

—¡Socorro! ¡No me abandonéis! ¡Ayudadme! —grita desde el fondo del saco la pequeña Olivia.
—¡Cuenta conmigo! ¡Allá voy! —le responde a grandes voces Basil, trepando hasta lo alto de un gran montón de cubos de madera.
Dawson se diponía a seguirlo, pero hubo de retroceder al ver que aquella torre infernal se venía abajo: **¡catapúm!**

Rátigan ha bajado a Olivia al calabozo de Flaversam.
—¡Qué enternecedor! —masculla entre dientes, al ver cómo Olivia abraza a su papá.
Y luego, en tono amenazador, le dice a Flaversam:
—¡No tienes alternativa! ¡Si no me obedeces, haré que la pequeña Olivia sea devorada!
El fabricante de juguetes sabe que Rátigan no miente; que al primer toque de campanilla, la horrible Felicia saltará sobre su hija y... ¡se la tragará de un bocado!
¡No le queda más remedio que poner manos a la obra!

Basil, por su parte, no se da por vencido. Aunque no ha logrado atrapar al murciélago, tiene en su poder la lista que éste ha perdido.

Para un experto detective como yo —le explica a Dawson—, un simple papel como éste me basta y me sobra: averiguaré inmediatamente quién lo ha escrito, por qué manos ha pasado, y sobre todo de qué lugar salió... Así pues, en cosa de unos minutos sabremos dónde se oculta ese maldito Rátigan.

Dawson se queda boquiabierto cuando Basil le dice:
—Este papel procede de Suecia; en concreto, de un álamo plantado hace veinte años. Pero esto no tiene mayor importancia, nos fijaremos en la tinta utilizada... Se trata de una tinta común, que no aporta ningún dato de interés... En cambio, esta mancha... es de sal, estoy absolutamente seguro: de sal... ¡y de alcohol!
Y así, tirando del hilo, llega a la conclusión de que el último lugar por donde el papel ha pasado es un lugar en el que hay a la vez residuos de agua del mar y whisky.

—Por tanto —sentencia Basil, señalando un lugar sobre el plano de la ciudad—, es en el puerto donde se esconde Rátigan, cerca de una de esas tabernas en las que los marineros se emborrachan jugando al póker... ¡Elemental, mi querido Dawson! ¡E-le-men-tal!

Rátigan no se fía de Falversam: por si acaso, ha decidido retener a la pequeña Olivia como rehén.

–¡Y no me falles, Fidget! –grita Rátigan–. ¡No me falles! Si ese tapón no ha quedado bien encajado y esa llorica consigue escaparse de la botella... ¡juro y perjuro que te haré devorar!

–¡Oh, no, mi buen rey! ¿Después de todo lo que yo he hecho?

–¡Precisamente por lo que has hecho, imbécil! ¿Te parece bonito haber perdido mi lista? Y además, ¿cómo te atreves a protestarme?

Y, sin dudarlo un instante, hace sonar la campanilla...

Felicia acude corriendo a la llamada. Toma entre sus garras al murciélago y, llevándoselo a la boca, hinca sus dientes sobre la pata de palo. Tiene prisa por engullirse el resto... ¡sin duda mucho más suculento! Pero, en el último momento:

—Espera —decreta Rátigan—. ¡Aún puede sernos útil!

La gata se siente muy decepcionada, pero es preciso obedecer a Su Majestad: deja caer la presa... tras un profundo suspiro.

Pero... ¿quién es ese marinero que acaba de entrar en la taberna? ¡El mismísimo Basil, vestido de capitán! ¿Y ese pirata de enorme barriga? ¡Dawson en persona!

–Sentémonos –sugiere Basil– y, como quien no quiere la cosa, escuchemos lo que dicen estos tipejos: si Rátigan vive por aquí, casi seguro que alguno hablará de él.

Pero, una vez sentados, no se oye otra cosa que la enternecedora canción que entonan los marineros:

«Era un joven marinero
que salió muy de mañana
en su barquito velero
a pescar con red y caña.
Pero las olas del mar
eran tan altas, tan fuertes,
que al barco hacen naufragar,
hundiéndolo lentamente.

¡Pobrecito marinero
que murió sin compasión
y fue devorado entero
por un fiero tiburón!
¡Te echamos tanto de menos
y es tanto nuestro dolor,
que sólo hallamos consuelo
bebiendo whisky en tu honor!

Dawson, que ya ha bebido dos o tres vasos, canta a coro con los demás. Pero, de repente, Basil lo devuelve a la realidad gritando:

–¡Mira quién está allí! ¡Es Fidget! ¡Hay que atraparlo!

Dawson no lo duda ni un instante: sale disparado en persecución del murciélago, pero, como está algo borrachín, tropieza con todo el mundo y, en cuestión de segundos, ¡allí se arma la marimorena! Cualquier proyectil es bueno: los gorros de pompón, los tapetes, los bocadillos de jamón, los vasos, las sillas, las mesas... ¡hasta el piano!

Dawson, el primer responsable de tamaña trifulca, no llegó a conocer su desenlace, pues Basil, que había saltado al otro lado de la barra del bar, le hizo indicación para que le siguiera:
—Fidget ha escapado por aquí! —dijo abriendo una trampilla—. ¡Tenemos que darnos prisa! Él corre más rápido que nosotros porque conoce estos lugares a la perfección. Pero, aun así, lo atraparemos, estoy seguro. Con un poco de olfato y abriendo bien los ojos...

Olfato es lo que les sobra, desgraciadamente. Incluso lamentan tener tanto, pues aquella galería subterránea huele fatal: las cloacas pasan por allí cerca y, por si fuera poco, los viejos muros rezuman las aguas podridas del puerto. En cuanto a abrir bien los ojos, prácticamente es inútil, pues el pasadizo está abolutamente a oscuras...

Hay que caminar a tientas y despacito. –advirte Dawson– ¡La escalera está muy resbaladiza!
–¡Mire! –le susurra de pronto Basil, atrayéndolo hacia él–. ¿Ha visto que se abrió una trampilla allá abajo? ¡Era Fidget! ¡Se ha dejado ver al trasluz! Probablemente lo haya hecho adrede... No obstante tenemos que llegar hasta el final. ¡Vamos a por él!

Cuando levantan la trampilla, no pueden dar crédito a sus propios ojos!
—¡Prisionera dentro de una botella! —se extraña uno.
—¡Nunca he visto cárcel semejante! —agrega el otro.
Y ambos, escuchando tan sólo la voz de su corazón, corren a cumplir con su deber de salvadores...

Emocionados como están, no han reparado en el peligro que corren... Y apenas unos segundos después, se ven cercados por todas partes.
–¡Era una trampa! –exclama Basil–. ¡Ya me parecía a mí! Fidget se ha dejado ver tan sólo para atraernos. ¡Qué torpe he sido!

–¿Torpe usted, mi querido Basil? –ríe burlonamente Rátigan, que acaba de hacer acto de presencia–. ¡En absoluto! Digamos, más bien, que ha cometido una pequeña imprudencia. Si errar es humano, también los ratones os podéis equivocar... ¿o no? Yo mismo, ya veis, con todo lo genial que soy, no os esperaba hasta las once cincuenta, y son las once y cuarenta y tres... ¡un pequeño error de cálculo! ¡Pero basta ya de palabrería! Ahora es el momento de ofreceros la primicia de un pequeño invento del que estoy muy orgulloso...

–¡Vamos, mi querido detective, no ponga esa cara! Explíqueme mejor, qué sutil reflexión, qué poderoso razonamiento le inspira en estos momentos m[illegible]ita de dos plazas... ¿Es confortable? ¿No estará usted muy apretado? ¿No tendrá demasiado calor? *¡Uff!* ¡Cómo suda usted! Pero tranquilícese: todas sus molestias y preocupaciones desaparecerán muy pronto. Y las suyas también, honorable doctor Dawson... Pero, antes, permitidme que os explique cómo funciona este invento maravilloso...

–Todo comenzará cuando yo ponga en marcha el disco... y todo habrá acabado cuando caiga el hacha. Pero, entre un extremo y otro, ¡cuántas artimañas en cadena! Primeramente, el brazo del gramófono, que al tirar del hilo, hará caer el vaso. De este vaso saldrá una canica. La canica, pasando por el mini-tobogán, rodará

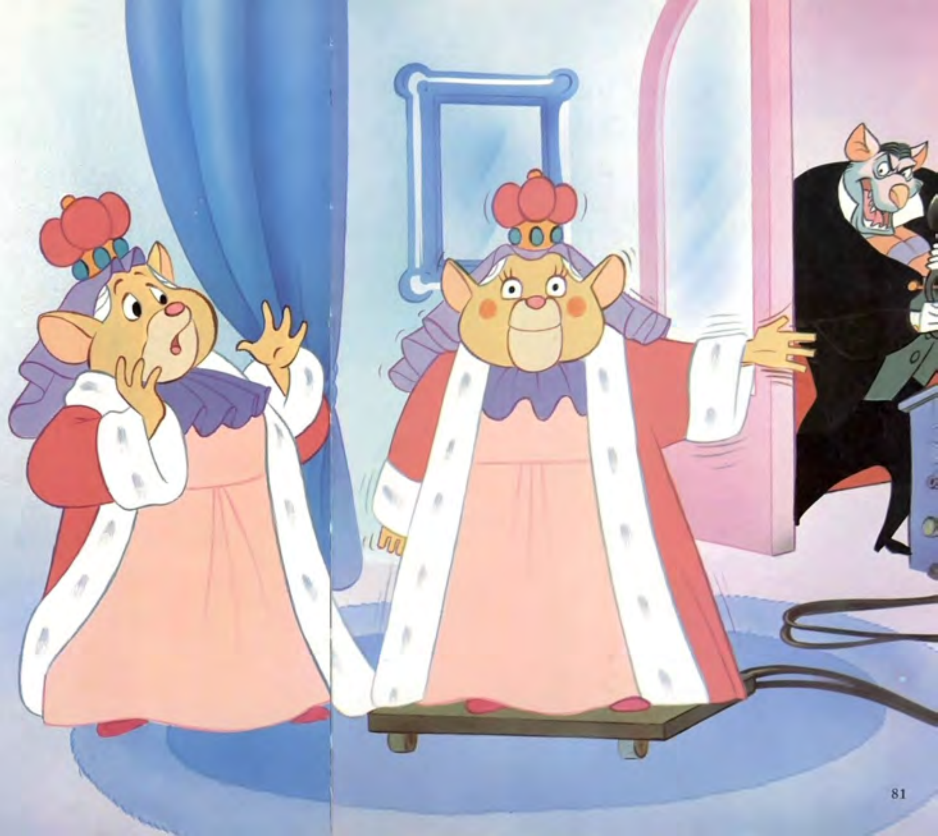
hasta el momento fatal en el que, tras haber golpedo en el disparador colocado en esta preciosa camita, salte el estrangulador métalico y os cercene, de un solo golpe, el cuello...

Pero, por si acaso y al mismo tiempo, ¡fijaos bien... disparará la ballesta y caerá el hacha! Sin olvidar, claro está, la pistola... *¡Ji, ji, ji!* Pero bueno, basta ya de discursos y... ¡adelante con la música!

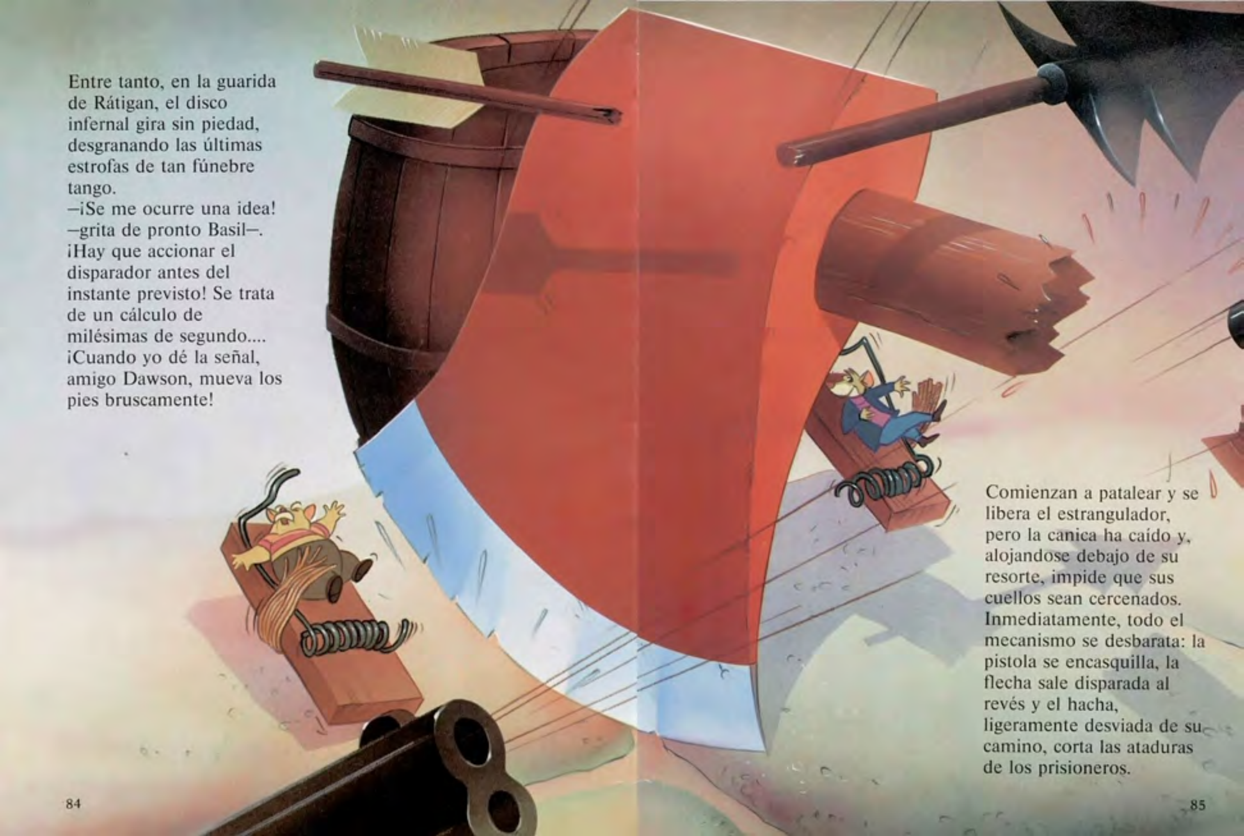
El malvado Rátigan pone en marcha el disco y anuncia en voz alta:
–¡Para todos ustedes, «El Tango del Verdugo»!

Unos instantes más tarde, Fidget se presenta en el palacio. Trae un enorme regalo, acompañado de una pequeña misiva.
«Majestad Ratonia –lee la reina–, *tened a bien recibir, a través de este paquete y en testimonio de mis respetos, el humilde presente de un servidor que os aprecia de todo corazón. ¡Feliz aniversario! Vuestro súbdito leal, Rátigan.»*

La reina, intrigada, hace desembalar inmediatamente el paquete. Al descubrir su contenido, grita emocionada:
–¡Qué maravilla! ¡Una estatua mía de tamaño natural! ¡Qué exquisita atención la de ese leal súbdito! ¡El tal Rátigan debe de ser todo un caballero!
Pero, de repente, ¡qué sorpresa!; ¡la estatua se ha movido!
–Cada reina tiene su estatua: unas las tienen grandes; otras, pequeñas; unas, de pie; otras yacentes... pero, ¿quién, como yo, podrá presumir de tener una estatua que se mueve?
¡Cuanto más se anima la estatua, más fascinada se siente! Seguro que no se alegraría tanto si, echando una ojeada detrás de la puerta, se diera cuenta de que todo era una ingeniosa artimaña...



–¡Vamos! ¡Es el momento! –ordenó Rátigan.
Y dos soldados de la guardia personal se lanzan sobre Ratonia. La reina se queda de piedra: ¡es apresada por sus propios guardias! ¿Quién iba a esperar una cosa semejante?
Lo que la infeliz reina no sabe es que sus raptores no tienen de soldados más que el uniforme...
–Dime, Fidget, ¿qué te ha parecido mi genial idea de utilizar estos trajes de soldaditos?
–¡Me parece muy bien, Majestad! Pero permitidme que os recuerde que he sido yo quien los ha robado...
–¡Cállate, impertinente! ¡Y a cumplir con tu trabajo!
Fidget no se atreve ni a rechistar, y carga con la reina como si de un vulgar paquete se tratara. Al fondo del corredor, espera la voraz Felicia, encantada de poder darse un «real» atracón.



Entre tanto, en la guarida de Rátigan, el disco infernal gira sin piedad, desgranando las últimas estrofas de tan fúnebre tango.

–¡Se me ocurre una idea! –grita de pronto Basil–. ¡Hay que accionar el disparador antes del instante previsto! Se trata de un cálculo de milésimas de segundo.... ¡Cuando yo dé la señal, amigo Dawson, mueva los pies bruscamente!

Comienzan a patalear y se libera el estrangulador, pero la canica ha caído y, alojandose debajo de su resorte, impide que sus cuellos sean cercenados. Inmediatamente, todo el mecanismo se desbarata: la pistola se encasquilla, la flecha sale disparada al revés y el hacha, ligeramente desviada de su camino, corta las ataduras de los prisioneros.

Una vez libres, Basil y Dawson liberan a su vez a Olivia y corren hacia el palacio, acompañados por Toby.

—¡Toma esto, Felicia! ¡Menudo manjar! ¡Cómo te vas a poner! —ríe burlonamente Fidget, blandiendo el «paquete».

De la horrible gata se encarga Toby. Basil, por su parte, dando un salto prodigioso, consigue recuperar sana y salva a Ratonia.

Entre tanto, dirigiéndose desde el balcón a todos sus súbditos, la falsa reina les anuncia:
—Aunque, por mi edad, debería ser ya una abuela, tengo que confesaros que por fin acabo de descubrir el amor... ¡Y ese amor se llama Rátigan! ¡Voy a casarme con él! Como regalo de boda, le concederé el derecho a gobernar.
La muchedumbre se queda boquiabierta, pero confía tanto en su reina, que aplaude no obstante. ¡Ay, si estos inocentes supiesen que la voz de su reina es la de un autómata! ¡Si Flaversam no se viera obligado a dirigir los mandos a distancia, la falsa reina no movería ni una pestaña!

¡Y ahí tenéis a Rátigan, que aparece triunfante en su balcón! Vestido con un traje rutilante, sonríe de oreja a oreja y adopta un aire encantador... ¡Pero muy pronto la muchedumbre comprende que no está allí para lanzar precisamente un discurso de parabién!

–Por mi corona, aún reciente, he aquí algunos decretos: Yo, Rátigan I, soberano absoluto del Reino de los Ratones, dueño del cielo y de la tierra, declaro restaurada la esclavitud, multiplicados por cien los impuestos y... todas las cárceles suprimidas... ¡pues todos los prisioneros serán inmediatamente ejecutados! *¡Ja, ja, ja!* Declaro igualmente que yo soy el más guapo, el más fuerte, el más grande y el más inteligente, y que, por consiguiente, todos vosotros sois horribles, enanos e imbéciles. Declaro asimismo que...

Detrás de las cortinas, ya nadie le escucha: nuestros amigos ha maniatado a Fidget y liberado a la reina. Y, mientras Flaversam abraza a su hijita, Basil se hace cargo de los mandos del autómata... ¡Qué sorpresa, entonces, entre la multitud allí reunida! La misma reina que unos instantes antes se confesaba locamente enamorada, ahora trata a Rátigan de impostor... Mayor es aún su asombro cuando ven cómo la falsa Ratonia se descompone, se desarticula y... ¡se derrumba en pedazos!

La muchedumbre, entonces, grita enfurecida:
—¡Esa miserable rata ha mentido! ¡Qué no escape! ¡Le daremos su merecido!
Se ve cercado por todas partes, pero Rátigan, fuerte como un león y rápido como una ardilla consigue escapar... ¡Y no lo hace solo, por cierto! ¿A quién ha tenido tiempo de atrapar a su paso? ¿A quién blande en el aire como rehén? ¡A la pequeña Olivia!
—¡Nos las pagarás, infame criminal! ¡no te saldrás con la tuya!

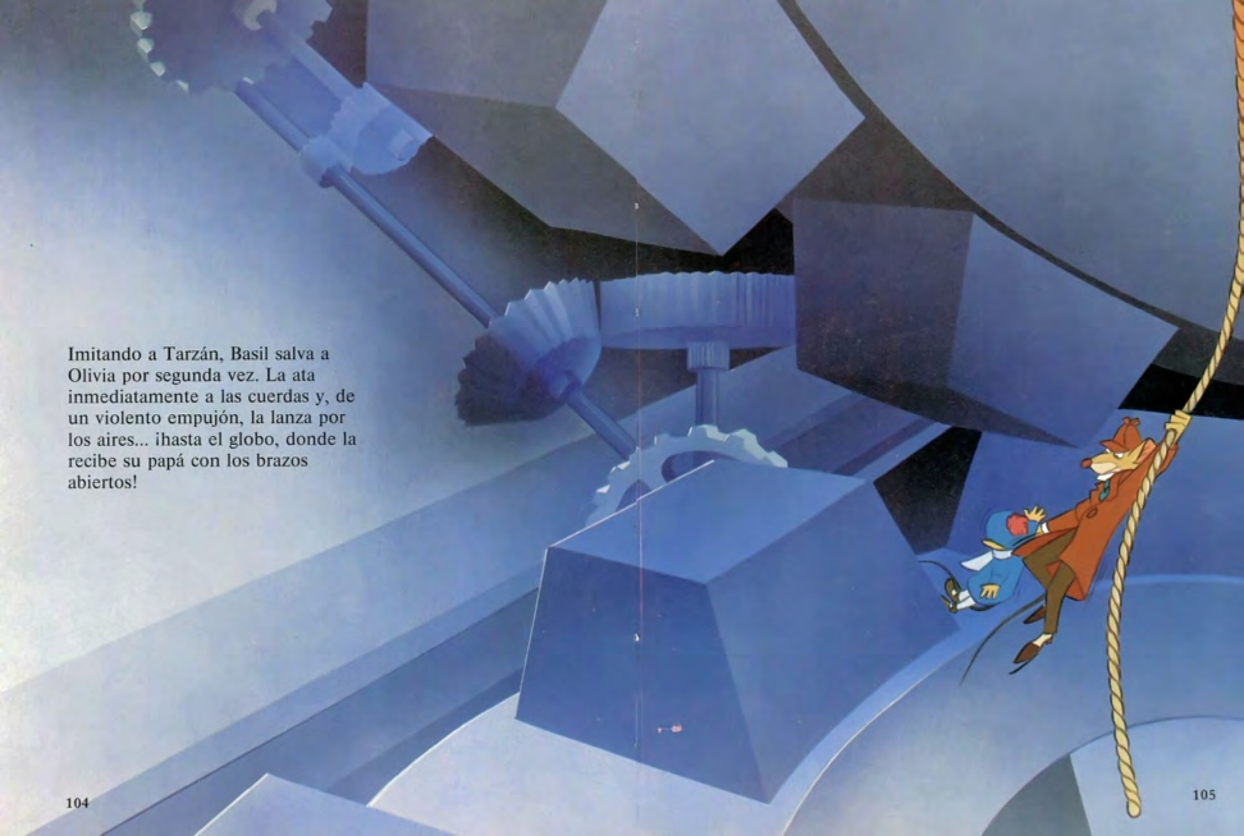
Pero Rátigan lo tiene todo previsto: a dos pasos del palacio, sus cómplices le esperan... ¡con un dirigible presto para el despegue! Y así es como se eleva hacia la nubes, llevando consigo a Olivia.

—¡Nos ha dejado con dos palmos de narices! —suspira Dawson.

Flaversam no dice nada: se siente hundido. El único que reacciona inmediatamente es Basil. En un periquete, un segundo dirigible está preparado para despegar... ¡Lo ha fabricado apenas con tres planchas de madera, varios globos y... una banda gigante!

Aprovechando un fuerte golpe de viento, logran acercarse a Rátigan.
—¡Sólo queda una solución! —exclama entoces Basil: ¡saltar sobre su nave!
—¡Eso no! ¡No cometa esa locura! —le aconseja Flaversam.
Y Dawson, más autoritario, le grita:
—¡Se lo prohibimos! ¡Se lo prohibimos!
Pero sus amigos se desgañitan en vano: ¡de un salto tan arriesgado como espectacular, Basil aterriza en el dirigible de Rátigan! Éste se queda tan sorprendido, que abandona los mandos...
—¡Cuidado! ¡Vais a chocar contra el Big Ben! —gritan desde su globo Dawson y Flaversam.

Aún no han acabado de pronunciar esta frase, cuando, efectivamente, el dirigible arremete contra el campanario del Big Ben. Se estrellan contra la esfera del reloj... ¡y lo atraviesan de lado a lado! ¡Os podéis imaginar el caos que allí se forma, entre todo aquel mecanismo de ruedas y engranajes!
Rátigan patina y deja escapar a Olivia.
—¡No te muevas de ahí! —le grita Basil—. ¡Ya voy!



Imitando a Tarzán, Basil salva a Olivia por segunda vez. La ata inmediatamente a las cuerdas y, de un violento empujón, la lanza por los aires... ¡hasta el globo, donde la recibe su papá con los brazos abiertos!

Pero, por desgracia, aún no han acabado los problemas para Basil: Rátigan ha recuperado su equilibrio y, gruñendo como un tigre, se abalanza sobre él. Basil se defiende como puede, esquivando golpes y zarpazos... Al ver que retrocede de rueda en rueda, Rátigan le provoca:
–¡Te has quedado pálido de miedo, detective de tres al cuarto!
Pero Basil no le presta la más mínima atención: su única obsesión en tan decisivos momentos es seguir retrocediendo para atraer a su enemigo y situarlo en frente de las agujas del reloj. Una vez allí, ya sólo es cuestión de ponerse a rezar para que el reloj comience a dar sus campanadas...

Tres, dos, una... El ¡DONG! que entonces se oye hace estremecer a todo el campanario. ¡Retumba como un trueno! Basil, que ya lo esperaba, se ha agarrado como una lapa... Rátigan, en cambio, totalmente sorprendido, se ha desequilibrado y cae patas arriba.
—¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Socorro!
—¡Vete al infierno, infame criminal! ¿Cómo te atreves a pedir ayuda?
Basil, sin pensárselo dos veces, salta sobre lo poco que queda del dirigible de su enemigo: ¡una curiosa bicicleta de hélice que lo conduce a tierra!

—¡Bravo, queridos amigos! —grita la reina—. ¡Podéis estar muy orgullosos de vuestro trabajo! ¡No solamente habéis devuelto a Olivia a su padre... sino que también habéis librado al país de un peligroso bandido... y me habéis salvado la vida! ¡Os estaré eternamente agradecida!
Basil, por su parte, felicita efusivamente a Dawson:
—Su ayuda, honorable doctor, ha sido inestimable, verdaderamente inestimable. ¿Estaría usted dispuesto a ser mi socio perpetuo?
—¡Claro que estoy dispuesto! ¡Lo que pasa es que yo no me atrevía a proponérselo! —le responde Dawson estrechándole la mano.
Y así fue como nació la más famosa pareja de detectives de todo el mundo.

© 1986 The Walt Disney Company
Ediciones Gaviota, s. a. - Madrid
Reservados todos los derechos
ISBN: 84-392-8426-8
Depósito legal: LE. 1060-1987
Printed in Spain - Impreso en España

Editorial Evergráficas, S. A.
Carretera León - La Coruña, km 5
LEÓN (España)

Obras clásicas Disney

Merlín el Encantador
Pinocho
Peter Pan
Alicia en el País de las Maravillas
El Libro de la Selva
Donald y sus amigos
Basil, el ratón superdetective
Tarón y el caldero mágico
La Cenicienta
Dumbo
La Bella durmiente del bosque
Bambi
Blancanieves y los siete enanitos
Los Aristogatos
101 Dálmatas
La Dama y el Vagabundo
La Navidad de Mickey
Robin Hood
El osito Winnie
Tod y Toby
Los Rescatadores

Ediciones Gaviota, s.a.
ISBN 84-392-8426-8